

Juan José Becerra El espectáculo del tiempo

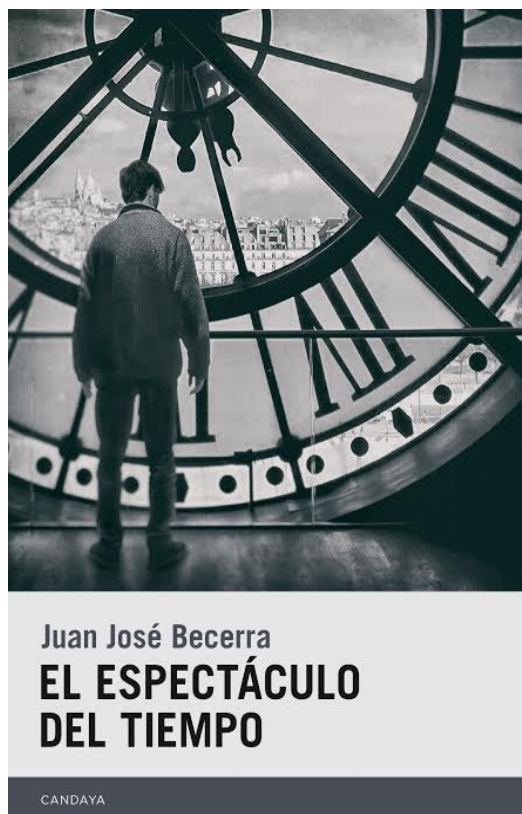
Candaya Narrativa 39

ISBN 978-84-15934-22-6

528 págs.; 210 x 140 mm

PVP 20 €

El espectáculo del tiempo es un gran libro, una obra maestra; y diría también que su autor, Juan José Becerra, es "el" gran novelista argentino. Daniel Guebel - Ñ, Clarín



La obra: *La espectáculo del tiempo*

¿Cuánto dura la vida de un hombre? Juan Guerra (propietario de las salas de cine Lumière, que agonizan en una ciudad de la pampa) tiene su hipótesis: una vida no es sólo una biografía que sucede entre dos fechas. Un hombre -cualquier hombre- vive el tiempo personal, pero también el tiempo de la historia y el de la eternidad. Lo que le sucede a él le está sucediendo a su especie.

En el escenario interminable por el que transcurre la vida del narrador y protagonista de *El espectáculo del tiempo*, se hacen presentes la comedia familiar, las dolorosas intermitencias del amor, el sexo como un entretenimiento de bestias, los negocios inviables, la violencia, la muerte... Una vida humana es siempre un drama de mil cabezas.

Novela polibiográfica, con decenas de personajes que van y vienen de una aventura a otra arrastrados por la marea transparente de los años, *El espectáculo del tiempo* intenta, desde el desconcierto y el humor, representar el mundo, en su grandeza, y en sus insignificancias y miserias.

El autor: Juan José Becerra

Juan José Becerra nació en Junín, Buenos Aires, en 1965. Es autor de los ensayos *La vaca - Viaje a la pampa carnívora* (2007), *Grasa* (2007) y *Patriotas* (2009); del libro de relatos *Dos*

cuentos vulgares (2012) y de las novelas *Santo* (1994), *Atlántida* (2001), *Miles de años* (2004), *Toda la verdad* (2010) y *La interpretación de un libro* (Candaya, 2012).

Ha sido profesor de guión cinematográfico en la Universidad Nacional de La Plata y ejerce semanalmente el periodismo deportivo en *Olé*. Sus artículos y críticas literarias aparecen con regularidad en publicaciones argentinas e internacionales. Desde 1996 escribe en la edición latinoamericana de *Les Inrockuptibles*, donde se encarga, entre otras cosas, de los editoriales.

Juan José Becerra es un escritor de culto muy valorado en Argentina (escritores como Alan Pauls, Martín Kohan, Oliveira Coelho o Daniel Guebel; o críticos de referencia como Maximiliano Tomás, Diego Erlán o Jorge Carrión han escrito muy elogiosamente sobre su obra), que por fin, ahora, podremos leer en España.



De *El espectáculo del tiempo* la crítica ha dicho:

“El espectáculo del tiempo es un gran libro, una obra maestra; le damos de antemano el premio escalafonario de libro del año, y diría también que su autor, Juan José Becerra, es “el” gran novelista argentino, pero conformémonos, mejor, con asegurar que es “uno de los”, ya que sin duda existen y existieron y existirán otros”. **Daniel Guebel, Ñ, Clarín.**

http://www.revistaenie.clarin.com/literatura/resenas/eternidad-piruetas-cuerpo_0_1320467958.html

Con una apuesta abismal en la composición narrativa, el novelista argentino Juan José Becerra escribió *El espectáculo del tiempo*, una verdadera obra maestra. Al lado de él, Knausgård es apenas un aficionado del yoyó. Maximiliano Tomás, *La Nación*.

<http://www.lanacion.com.ar/1791538-reality-show-noruego-ultima-moda-literaria>

*“La escritura de Becerra se mantiene en tensión con la historia local: una tensión provista de un humorismo punzante y una capacidad notable para decantar las aventuras de personajes reales e imaginarios en frases de un clasicismo filtrado por la picardía criolla, el lenguaje del Río de la Plata y la ironía.” Daniel Gigena. *La Nación, Argentina.**

<http://www.lanacion.com.ar/1863047-juan-jose-becerra-queria-la-relacion-mas-brutal-con-mi-propia-prosa>

“El espectáculo del tiempo (Seix Barral) se despliega como una ficción fundamental en el horizonte de la literatura argentina por el modo de diseminar en una novela fragmentaria – cuyas vibraciones componen una totalidad acústica, una red estilística que atrapa– las esquirlas de la experiencia vital, un registro sentimental de la intimidad más descarnada del protagonista con su familia y amigos” **Página 12. Por Silvina Freira.**

<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-34929-2015-03-10.html>

“Becerra se corre de ese mandato y se vale de la irreverencia –esa es la palabra justa– para publicar una novela donde la libertad se muestra como un terreno donde pueden coexistir la fragilidad del recuerdo, la violencia de las relaciones, la inestabilidad de géneros y la imposibilidad de ver los límites entre máscara y biografía” **Los in Rocks, Walter Lezcano.**

http://www.losinrocks.com/libros/el-espectaculo-del-tiempo-de-juan-jose-becerra#.Vysuu_mLTIU

“Una novela episódica, fragmentaria y luminosa, incómoda y escabrosa cuando se trata de la sexualidad, representada a través de un montaje en el que las partes tienen la misma importancia que el todo y narrada en un registro en el que conviven —animada tensión— la prosa estilizada del lenguaje literario y el prosaísmo brutal de toda idiosincrasia ” **Revista Otra parte . Por Gerardo Tipitto.**

<http://revistaotraparte.com/semanal/literatura-argentina/el-espectaculo-del-tiempo/>

“Novela ‘total’, *El Espectáculo del tiempo* de Becerra sirve la representación del único acontecimiento central en la vida de los seres humanos: su acabamiento tenaz, a pesar de las gloriosas dilaciones del amor.” **Revista Escorzo.**

<http://escorzosweb.blogspot.com.es/2015/06/el-espectaculo-del-tiempo-de-juan-j.html>

“*El espectáculo del tiempo* se parece a Rayuela, pero no lo es: donde Cortázar se esfuerza para provocar la incoherencia creativa, Becerra hilvana con naturalidad un orden casi imperceptible, un acomodo que se oculta en la dislocación temporal: nuclea temáticas y vincula, sutilmente, algunos capítulos que se retroalimentan; dispone tiempos de exasperación, morosidad y síntesis según un plan que simula ser secreto y escurridizo, pero late detrás de la apariencia del desorden.” **Escritores.org, Sergio Colautti.**

<https://www.escritores.org/recursos-para-escritores/colaboraciones/17001--el-espectaculo-del-tiempo-de-juan-jose-becerra>

Algunos fragmentos de *El espectáculo del tiempo*

"Auguste Lumière ve cómo su hermano Louis ocupa su vida y odia, odia con locura, pero no odia a su hermano ni a su invento ni a su éxito sino a su deseo insomne y volcánico, una fiebre que lo ha convertido en otra persona.

El invento le da genio y poder a Louis. Escribe los argumentos de sus películas, las dirige, las revela en unas palanganas de metal esmaltado y las proyecta en el Congreso Fotográfico de Lyon, en la *Revue Générale des Sciences* de París, en el Grand Café, en su casa. Explora las propiedades del celuloide, en especial las de su resistencia al maltrato –estira las cintas de los extremos, les clava alfileres de diferentes diámetros; en esas cintas hay vida y necesita que esa vida no se interrumpa– y en una libreta dibuja innovaciones que más tarde tacha o amplía con una pasión que vuelve indescifrable al boceto, excepto para él, que cierra los ojos y lo sigue viendo.

Siente que hay un personaje en cada persona que ve, y convence a todo el mundo para que hagan lo que les dice delante de su cronofotógrafo, mitad máquina de coser, mitad bicicleta." (Pág. 38-39)

"Llegaron las películas. Torrente abrió las bolsas con la parsimonia de un borracho que se desata los zapatos antes de acostarse, sacó los rollos y empalmó los actos. A partir de allí aumentó la velocidad de los hechos: bajé las escaleras, pegué los burletes en los bordes de las puertas, controlé la presión de los matafuegos, acomodé los ceniceros del hall, pegué los carteles de No Fumar en las paredes, probé el pochoclo del candy bar a la pasada –y di el okey–, ayudé a cargar las gaseosas en la heladera, enchufé el detector de billetes falsos, me eché una cagada rápida en el baño de discapacitados, abrí y cerré las ocho canillas de los lavatorios, limpié las huellas de los espejos (debían ser de las manos de Kun, por lo simiescas) y cargué de jabón líquido y papel los dispensers, acomodé las plantas que llegaban de regalo –regué hasta las de plástico–, probé las luces de ambiente, eché desinfectante en las salas, conecté la máquina de café, encendí los aires acondicionados a una temperatura de 22º C, atendí varias llamadas –pero no escuché a nadie–, me bañé en la casa de mamá y volví para sentarme en la boletería y sacarme una foto con el teléfono vendiendo la primera entrada". Pág. 44

"El Gordo siguió bajando hasta donde no había llegado nunca, y entonces vio la belleza incomprensible de la pared girando hacia el interior del abismo en un azul de explosiones estelares. No podía creer, pero lo estaba viendo, que en ese prodigio se escondía, igual que en el espacio sideral, la profundidad del universo, algo que podía ser una paradoja de la geografía, una trampa o el confín poético en el que la Tierra se despedía de los hombres.

Se desplazó suavemente debajo de la isla pero no lo sintió como un hecho sino como una fantasía. La posibilidad de lo que estaba ocurriendo había sido para Marcaccio tan remota durante tanto tiempo que solo podía ocurrir mientras se pensaba en ella: nunca mientras sucedía. Un golpe de presión lo desmayó. Su cuerpo giró y quedó boca arriba. De la base de la máscara comenzaron a surgir unos hilos de sangre que en contacto con al agua flotaron como una red de excrementos marinos. Fue una escena muy bella y duró un minuto" . Pág. 64

"El rostro de mi padre, satanizado en la escenografía ritual por la que circulaba en ciclos horizontales el perfume humeante de la cera, se oscurecía por el efecto de las sombras proyectadas en las paredes y le daba una dinámica de oráculo consumiéndose en los rojos del

infierno. Era el marco adecuado para verlo ejercer su legendaria ira de revolucionario que cree que la revolución se dará sola, sin necesidad de hacerla, mientras los puntos de fuego dispuestos en círculos formaban el aura del guerrillero arengando en el monte.” Pág.73

“Aquel deseo y sus ecos envenenados atormentan al boxeador, que para colmo es italiano y, por lo tanto, aplica sobre ellos, como un sello de fábrica, un sentido arcaico de la propiedad. Siente que la mujer que desea y cela, pero que nunca termina de tener, es un bien más de su poder patrimonial basado en el dinero y la jefatura familiar con la que lo ungió la rigurosa tradición de su cultura.” Pág. 87.

“El pasado cayó sobre nosotros como un techo que se desploma y de inmediato surgió la dificultad del recuerdo colegiado, muchas veces reducido a una guerra de percepciones o de la mitología de esas percepciones; un ejercicio que despreciaba la verdad pero con la ilusión de hacerlo en su nombre.” Pág. 92

"Disculpen el entusiasmo, y el desorden, pero no puedo contar estas cosas sin perderme un poco. Resumiendo: cuando yo miraba las estrellas en el patio de mi casa hace muchos años, las preguntas que me hacía, en realidad la pregunta que me hacía, porque era una sola, no era diferente a la que podría hacerse cualquier persona que cada tanto, por curiosidad, levanta su cabeza hacia el cielo. La pregunta era: ¿cómo se verá la Tierra desde el Espacio? Es una pregunta sobre el punto de vista. Si había un acá y ese acá era la Tierra, yo deseaba estar allá, donde la Tierra fuese un objeto de contemplación. Porque desde la Tierra todo es más o menos imaginario, y así como hay una gran diferencia entre volar y estar en el Espacio, también la hay entre observar los mundos ajenos y el mundo propio como si ya no fuera nuestro. Y yo quería ver el mundo nuestro desde afuera. No quería verlo como vi a Venus en el Volcán de Mulagons y a Marte en el Valle Candor Chasman, o a la Luna en el Mar de Smythi o en la rima Ariadaeus o en el cráter Plum, es decir como paisajes recortados por la tecnología de un observatorio o una toma fotográfica. Yo quería ver la Tierra como un todo. Y cuando la vi..., cuando la vi... Siempre supe que iba a ser imposible contar lo que había visto. Y lo que yo vi... Disculpen... Yo vi el Tiempo... Humildemente, quiero decirles que el tiempo es un espectáculo que se puede ver. No puedo decirlo de otro modo... Les pido disculpas..., yo ya estoy viejo y... (aplausos prolongados)." Pág.202

“La música ya no encajó en la ceremonia prehistórica del ingreso y, de golpe, se vivió una revolución acústica como la que anuncia un éxtasis de circo bajo el que los espectadores dan testimonio, aunque sin dar demasiado crédito a lo que ven, de cómo los trapecistas se salvan inexplicablemente de la muerte.” Pág.223

Del resto de la obra de Juan José Becerra la crítica ha dicho:

La interpretación de un libro (2012)

"En el fondo, una broma —hacer la crítica de un libro propio— dio pie a preguntas muy serias: ¿Puede uno leerse a sí mismo? ¿Por qué escribe uno y por qué uno lee lo que escriben los demás? ¿Puede un autor aguantar que no tenga lectores o, aún peor, sólo uno? ¿Aspira de verdad el escritor a enfrentarse con el lector? ¿Son los lectores personas normales? ¿Amén de la cabeza, leemos con el cuerpo? Todas esas reflexiones fluyen entre líneas en *La interpretación de un libro* (Candaya), la última y breve pero primera novela que llega a España del argentino Juan José Becerra (Junín, Buenos Aires, 1965), donde el escritor casi clandestino Mariano Mastandrea mantiene una inquietante relación con Camila Pereyra, al parecer su única y peligrosamente obsesiva lectora, que lo acabará seduciendo, agotando, paralizando..." **Carles Geli**, *El País*.

"La lectura de *La interpretación de un libro* culmina con la certeza de hallarnos ante un autor de altura, como poco equiparable a los citados Pauls y Kohan y (arriesgando a sabiendas un juicio precipitado) no muy alejado de las mejores obras de Aira". **Javier Moreno**. Revista Quimera.

"Becerra va más allá. No sólo analiza su propia obra sino también las escenas de la pintura de Hopper donde puede verse alguien leyendo. Con ese procedimiento consigue una escritura tan evolucionada que es una literatura excede los límites del abismo." **Diego Erlan**, Eñe, Clarín

Toda la verdad (2010)

Ingeniero acaudalado que rompe con todo, se mete a anacoreta rural y vuelve de un sacrificado exilio bonaerense para convertirse en gurú y *best seller* mundial de las "filosofías de vida", Antonio Miranda tenía todo para caer en las redes de Juan José Becerra. Por un lado es un objeto "malo". Tiene la biografía accidentada, el aura de impostura y astucia, la sintonía milagrosa con la época y la ambivalencia —siempre a mitad de camino entre la revelación y la imbecilidad, el genio y la afasia— de esas celebridades de pacotilla que Becerra ha despellejado sin asco en sus ensayos sobre la actualidad (*Grasa, Patriotas*) o en los *zooms-in* letales que escribe mes a mes en *Los Inrockuptibles*, mesas de disección donde los héroes, las lógicas y las imposturas de la Argentina contemporánea aparecen desmembradas con el bisturí gozoso y malsano de un mitólogo del siglo XXI. Pero Miranda es también un objeto "bueno", un personaje ejemplar, perfectamente digno de asilo en la casa de la ficción que Becerra viene construyendo desde *Santo* (1994), su primera novela (...) Quizá por primera vez, los dos Becerras (el novelista del Tiempo y el desollador de la Actualidad, el obsesivo de la forma y el perro de presa excitado por el olor de la escoria) se entrecruzan de un modo brutal, sin anestesia, en *Toda la verdad*, una novela a la vez fluida e impura, diáfana y barroca (desde Copi que no pasaban tantas cosas en tan pocas páginas), que hunde las manos en la carroña contemporánea —la fabricación de un *best seller* de autoayuda inspirado en las migajas de un Wittgenstein para descerebrados—. **Alan Pauls**, *Bazar americano*.

Milagrosamente, la novela de Juan José Becerra se parece a muchos libros y a muchos autores pero no es igual a ninguno y hasta podría decirse que es mejor que casi cualquier otra cosa que uno haya leído, o al menos esa es la impresión dominante que captura la lectura durante el tiempo que dura el relato. Y esa clase de impresión, creo, es la que sostiene el efecto poderoso de un texto; mientras lo leemos, creemos que estamos habitando un planeta nuevo, superior a

todos los otros posibles (...) Tiene de Saer el moroso amor por la expansión del detalle ambiental, el vuelco paisajístico, pero cierra la herida de la detención con un goce mayor por lo preciso, o, si se quiere, carece de sus melosos autoencantamientos; tiene de Fogwill la mirada capaz de establecer relaciones entre individuos, actividades y época, pero su praxis literaria arrastra esas marcas para la propia lógica del relato, más desvariante que satisfecha en el subrayado sociológico (...) El propósito de este libro –si es que un libro tiene un propósito que excede el de su escritura– es, creo, la devastación que ocurre en las conciencias y las vidas de los individuos luego de la emergencia de una verdad. **Daniel Guebel**, *Diario Perfil*.

Sorprende que sea Juan José Becerra quien se despache con una de las mejores novelitas post-airanas de los últimos años, porque el escritor de Junín no formaba parte del pelotón más visible del Frente Aira no de Liberación Nacional, en el que desde hace años militan, con suerte dispar, varios de sus contemporáneos. Becerra pertenecía, en cambio, a una célula que tenía en Saer a su Al Capone: la autodenominada “Mafia de la Oración Subordinada”; los “hiperescritores”, como alguna vez los llamó Marcelo Cohen. Aunque en las novelas de Becerra, sobre todo en la última hasta ahora, *Miles de años*, había cada vez más lugar para el delirio y el exabrupto, seguía dominando la narración morosa, el objetivismo, la mirada que revela con precisión microscópica y descompone instantes de un presente continuo. En *Toda la verdad* sigue habiendo frases que calan hondo, frases abigarradas de ideas, frases que disparan para cualquier lado, pero ya desde la primera página se propone otra velocidad. **Matías Capelli**, *Inrocks libros*.

La vaca. Un viaje a la Pampa carnívora (2007)

Si, como dice Martín Caparrós, escribir sirve para pensar, Juan José Becerra no es otra cosa que una máquina de narrar, es decir, un mecanismo capaz de transformar, línea tras línea, el pensamiento en acto (...) Becerra convierte un escrito sobre la vaca en un ensayo de enfoques superpuestos y complementarios: así, el animal que fue –y tal vez sea– emblema, ícono, escudo y motor de la Argentina durante décadas es abordado desde disciplinas como la historia, la literatura, la etología, la filosofía, la mitología, la economía y la gastronomía, a través de un esquema tripartito: “Carne viva”, “Carne cruda” y “Carne asada”. **Maximiliano Tomás**, *Diario Perfil*.

Miles de años (2004)

Desde su primera novela, *Santo*, Juan José Becerra ha ido ajustando un hipnótico procedimiento narrativo que proyecta en hombres particulares –Santo, Rosales y ahora Castellanos– la soledad entera de la especie (...) En ese modo de desmenuzar los actos mínimos y trabajar con fragmentos de una sola identidad, podría detectarse una marca de estilo que emparenta a Becerra con Juan José Saer y, en mayor medida, con Sergio Chejfec. Sin embargo, cambios repentinos de tono, desvíos que van de lo banal a lo poético pasando por una variedad de registros picarescos y burlones que alcanzan en el relato erótico su mejor textura, distancian su estética de la de sus predecesores (...) En definitiva, episodios y hechos intrascendentes se suceden para crear un espacio narrativo excepcional donde nada, salvo el pasado, importa realmente, y donde el hombre, al costo de la angustia y la desidia, especula con ese mecanismo infernal que en Becerra es, por excelencia, la memoria. **Oliveiro Coelho**, *La Nación*.

Dejan a un hombre. Así de banal y telegráfica es la catástrofe que las ficciones de Juan José Becerra precisan para dispararse (...) En *Miles de años* Becerra aprieta el acelerador y deja el abandono crucial antes, atrás, en ese fuera del libro que obsesiona a todos los buenos libros: cuando la novela empieza, la mujer (Julia) ya ha desaparecido y su hombre, el sucesor de

Santo, ahora bautizado Castellanos, hace lo que hacen los hombres en las novelas de Becerra cuando los abandonan las mujeres: abandonarse. **Alan Pauls**, *Página 12*.

***Atlántida* (2001)**

La historia de *Atlántida* es relativamente sencilla: a Santo Rosales lo ha dejado Elena, su mujer; la vida, por supuesto, como siempre pasa, sigue adelante. Lo que Juan José Becerra ha elegido contar es justamente eso, la manera en que sigue adelante: no la historia previa, ni siquiera el abandono. Ha elegido contar el lento sucederse de unas pocas cosas que pasan después, en un tiempo casi vacío de acontecimientos, bajo la decisión de Santo de "abandonarse a los asuntos ordinarios de la vida". No importa cuántas veces podamos haber leído esta historia, o cuántas veces podamos haberla escuchado en los tangos de despecho viril: *Atlántida* es otra cosa. **Martín Kohan**, *La Nación*.

***Santo* (1994)**

Narrar una novela en la que nada pasa, pero escribirla como si pasaran cosas tremendas a cada página: esta formulación -cuyos referentes, en nuestra literatura, podrían ser Juan José Saer y Sergio Chejfec más hacia aquí- es retomada por Juan José Becerra de una manera brillante. *Santo* trama en una tensión exacta las escenas de la detención y la monotonía, las hilachas de los recuerdos o de las conjeturas, y la espera, el intento o el temor de que finalmente algo ocurra. **Martín Kohan**, *Página 12*.

Algunas reflexiones de Juan José Becerra sobre la literatura

“Siempre me pareció que el problema de la filosofía era literario y que el problema de la literatura era filosófico. La primera tiene que enfrentar el problema de decir y la segunda el de pensar”.

“Escribir una novela como si uno no supiera escribir, es una buena experiencia que obedece a un tipo de amnesia más o menos controlada. Cuando uno cae por ese túnel de amnesia, se encuentra con situaciones recomendables, como la de olvidar el modo en que uno escribía, incluso también escribir contra los recursos propios.”

“Mi admiración por Aira no tiene reservas. Sus libros son una fiesta que incluye su propia resaca, pero ¿qué fiesta no la tiene? Es un escritor que contribuyó a que consideráramos la literatura argentina como una zona franca y volátil cuya existencia tal vez haya que asociar con el derecho a lo que podemos llamar el delirio formal. Pensemos que allí donde durante muchos años hubo una imaginación borgeana ahora hay una imaginación airana, con lo cual pasamos de un pequeño lote muy fértil y cultivado a un campo abierto donde puede florecer cualquier cosa...”.

“El único riesgo literario es el que el escritor corre respecto de sí mismo cuando decide hasta qué punto de sus profundidades está dispuesto a bajar. En eso, por ejemplo, creo que Bolaño fue un escritor arriesgado.”

“Creo que la diferencia entre el ensayo y la ficción es la misma que hay entre nadar y bucear. Bucear es una actividad más profunda, más peligrosa y más lenta que nadar. Pero al margen de la comodidad o incomodidad que me pueda producir el momento de la escritura, prefiero siempre la ficción porque es el género que más deseo, y en el que uno encuentra una verdadera experiencia de soledad e intemperie”.

“Me interesa mucho excavar los lugares comunes y, en la medida de lo posible, exhumar el sentido enterrado de las cosas. Enterrado y muchas veces lapidado con toneladas de cemento. En eso soy un militante barthesiano. Barthes es mi General Perón...”.

“Me da la sensación de que todas mis novelas, incluso las que todavía no publiqué, tienen un único asunto, que es el tiempo. Y la experiencia del amor, ya sea cuando se constituye o cuando se destruye, es una especie de reloj que marca el curso del tiempo. La pornografía es como la geografía: un sistema de representación. Yo creo que la ironía en la literatura surge de la impotencia. De la imposibilidad de acceder a un más allá: un más allá de sentido, un más allá narrativo”.

“Escribir una novela como si uno no supiera escribir, es una buena experiencia que obedece a un tipo de amnesia más o menos controlada. Cuando uno cae por ese túnel de amnesia, se encuentra con situaciones recomendables, como la de olvidar el modo en que uno escribía, incluso también escribir contra los recursos propios.”

"La idea que estoy teniendo últimamente es que la ignorancia es básica para escribir. Y que es básica incluso para aquellos escritores que escriben novelas realistas. Creo que mis novelas hablan de una realidad existente o posible pero ignorada por mí. Ese, para mí, es el principio de la ficción".

"Me gustan los escritores que se meten en problemas, los que pueden perder todo –prestigio, reconocimiento, dinero, amigos- por enfrentar riesgos estéticos. Ese tipo de escritores están en todas las generaciones, y yo me siento identificado moralmente con ellos".